COP31 pone la resiliencia energética en el centro ante un fenómeno de El Niño más intenso

- *La respuesta preventiva activada por la OMS advierte que sequías, inundaciones, incendios y olas de calor pueden comprometer servicios esenciales. Especialista del Centro de Energía de la UCSC explica por qué adaptar las redes eléctricas será clave frente a escenarios climáticos cada vez más exigentes.*

Más calor puede significar mayor demanda eléctrica, mientras que incendios, vientos intensos o inundaciones pueden dañar precisamente las redes encargadas de responder a esa necesidad. Esa combinación convierte a la energía en una pieza crítica frente a los impactos proyectados de El Niño 2026-2027, uno de los temas que marcó la discusión climática y sanitaria en la 31.ª Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP31).

Este noviembre, durante la COP31 realizada en Antalya, Turquía, la Organización Mundial de la Salud (OMS) clasificó por primera vez los impactos previstos de El Niño como una emergencia de salud y activó una respuesta operativa de Grado 3 para el período comprendido entre octubre de 2026 y septiembre de 2027.

La medida tiene un carácter preventivo y busca anticiparse a posibles consecuencias derivadas de lluvias extremas, inundaciones, sequías y olas de calor. Entre los aspectos críticos aparece la continuidad del suministro energético, indispensable para mantener operativos hospitales, cadenas de frío y otros servicios esenciales.

Para Ricardo León, investigador del Centro de Energía y académico de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Católica de la Santísima Concepción (UCSC), los eventos climáticos extremos pueden afectar simultáneamente distintas etapas del sistema eléctrico.

“Este año, por ejemplo, con las lluvias acumuladas hemos visto incrementadas las capacidades de generación hidroeléctrica de embalse, pero, por otra parte, con los vientos se producen caídas de árboles que aumentan los cortes de suministro”, explica.

Más calor, incendios y presión sobre las redes

El escenario puede volverse especialmente desafiante durante el verano. De acuerdo con el académico, las altas temperaturas proyectadas aumentan el riesgo de incendios forestales, lo que a su vez puede generar nuevas interrupciones del suministro eléctrico.

“Se esperan altas temperaturas este verano, lo que aumenta el riesgo de incendios, que también potencialmente implican cortes energéticos”, señala León.

Esta combinación muestra que los efectos climáticos sobre la energía no siguen una sola dirección. Mientras determinadas condiciones pueden favorecer la generación hidroeléctrica, otras pueden incrementar simultáneamente la vulnerabilidad de las redes de transmisión y distribución.

En el contexto de la respuesta impulsada por la OMS, este desafío adquiere especial importancia, ya que la continuidad eléctrica resulta esencial para establecimientos de salud, cadenas de frío y personas que dependen de equipos eléctricos para su atención.

Adaptar las redes también tiene un costo

Frente a fenómenos meteorológicos más intensos, aumentar la

resiliencia del sistema significa contar con infraestructura capaz de mantener o recuperar rápidamente el suministro ante una contingencia.

El investigador del Centro de Energía UCSC explica que Chile ya ha avanzado en incorporar este concepto en la planificación de la transmisión eléctrica: “En el gobierno anterior se aprobaron un conjunto de leyes que apuntaron a reforzar la transmisión, considerando la resiliencia en la planificación. En la práctica, adaptar las redes es un proceso lento que además tiene un costo importante”, señala.

Precisamente allí aparece uno de los desafíos para los próximos años: determinar cuánto invertir en infraestructura más robusta y cómo compatibilizar ese esfuerzo con sus efectos sobre los costos del sistema.

“Dependerá de la autoridad analizar y promover la resiliencia versus incrementar el costo de las cuentas de la luz”, plantea Ricardo León.

A ello se suma un desafío todavía pendiente: incorporar criterios similares en las redes de distribución, que corresponden al último tramo encargado de llevar la electricidad hasta hogares, empresas y servicios.

Energía como parte de la respuesta climática

La discusión desarrollada en torno a la COP31 muestra que enfrentar los impactos de fenómenos como El Niño no depende únicamente de responder a una emergencia una vez que ocurre.

La estabilidad eléctrica pasa a formar parte de la preparación frente a olas de calor, incendios, inundaciones y otros eventos capaces de afectar simultáneamente la demanda de energía y la infraestructura encargada de suministrarla.

A juicio del académico, para Chile el desafío estará en continuar fortaleciendo la resiliencia de las redes y definir

qué nivel de adaptación requiere un sistema eléctrico que deberá operar en condiciones climáticas cada vez más exigentes.